

Visita a Williams & Humbert

Joaquín Moreno Marchal

Desde el autobús, al acercarnos a la bodega, Williams & Humbert impresiona por su dimensiones y su apariencia externa, un gran paralelogramo, una estructura cubista que hace imaginar miles de botas en su interior. No recuerda la antigüedad y la solera de las viejas bodegas. Su modernidad hace sospechar, incluso desconfiar, al que llega por primera vez. En la entrada una vistosa vegetación, un estanque y un inesperado conjunto de patos, cisnes negros, pavos reales... cambian la impresión, la alejan de lo industrial, le dan un toque entre natural y exótico.

El tiempo que transcurre hasta la llegada de Antonio, el antiguo técnico ahora jubilado y que atesora, se nota enseguida, todo el saber bodeguero, es una espera no exenta de inquietud e impaciencia por entrar, por ver la bodega, por desvelar ese misterio ante lo nuevo deseado.

Abre Antonio el gran portón, algo descolorido, y el primer recibimiento gozoso nos lo da un fino albero, de tono ocre anaranjado, que ya nos indica, pista sutil, los misterios de las botas por venir. La penumbra necesaria se ve rota por reflectores en los múltiples pilares. La nave es una sucesión poliédrica de columnas en todas direcciones, de bóvedas, de andanas, que destilan una enorme profundidad. No es una catedral, pero sí una mezquita del jerez.

Pronto nos fijamos, animados por el interés de Antonio, en los aspectos arquitectónicos. El hormigón, una compleja estructura de pilares y bóvedas, el prefabricado. Los efectos del tiempo, la humedad y la corrosión aparecen también sobre la cubierta. Las botas, en enormes hileras con sus tonos en negro y sus telarañas dan calor al frío desnudo del hormigón. Afloran los números, una cábala bodeguera en el discurso de Antonio. 33 piezas de hormigón prefabricado, 33 años de Cristo, 500 metros entre una y otra puerta, la geométrica composición de los cinco módulos que conforman el conjunto de la bodega y que solo a través de una maqueta somos capaces de imaginar. No se ven los confines de este mar de botas. Nos habla también Antonio de las dimensiones de las andanas antiguas, en base a las medidas de una bota, para poder desplazarla. Nos asomamos al interior de algunas de ellas para saborear, oler y ver el misterio del velo de flor. Cada bota es un mundo, solo conocido en su multiplicidad por el capataz de bodega. Algunas no crían, comenta Antonio.

Paseamos por las interminables andanas hasta dar con la mesa de catas, y su escalas perfectamente dispuestas desde el mosto a la solera de D. Zoilo, pasando por la 2ª y 1ª criaderas, y por la solera del fino Pando. Al olor de la cata el grupo se descompone, se arremolina, alrededor de la mesa. Se cata como se puede, pero se cata, tratando de confirmar con el vecino más próximo en dónde se encuentra la criadera que ahora corresponde probar. En medio del alboroto, la sorpresa de encontrar y charlar con una persona desconocida, de escaso pelo, elegantemente vestida, con el rigor de la mejor tradición británica. Esa tradición que se corresponde con la realidad, porque se trata de Peter, vecino de Lexter, cerca de Londres, venido desde la isla expresamente para asistir a las jornadas. Le digo que me lo vuelva a repetir, en su buen castellano. Más tarde, durante la comida, se le brindará un merecido homenaje y se le nombrará como delegado del Ateneo en Lexter, que comienza a hacerse una ciudad cercana, casi entrañable, gracias a Peter. Al cabo, imagino que las Jornadas deberían de celebrarse como un reflejo, como una subsede, como una retransmisión on line, un año de estos, en nuestra ya próxima Lexter. El Secretario me mira con cara de asombrado escepticismo.

Tras la cata y la subida por la escala de los finos, que a la mayoría nos ha trasladado a un espacio alejado de lo terrenal, pasamos a una de las zonas más nobles de la bodega, un recinto rodeado por botas con añadas, con vinos no mezclados, ausentes del sistema de criaderas y soleras, menguantes con el tiempo en su cada vez máspreciado contenido. Atención especial a estas botas atípicas, raras, casi marginales. Mientras saboreo otro Pando en grata compañía, mirando la acumulación de los años y de las dedicatorias, pienso que esta nave es un homenaje, una experiencia y una celebración absoluta del tiempo.

El rumor de las conversaciones, en torno a las mesas y a los distintos vinos, era el digno acompañante de toda la solera y la historia que nos rodeaba. Una entrañable sensación de satisfacción, cercana a la plenitud, a floraba a ras de piel, tras el brindis, admirando la amplitud del espacio, la nobleza de las botas, las gentes del Ateneo que hablábamos y hablábamos.